

Confusiones

Al entrar en el apartamento respiraron el acostumbrado olor a vacío acumulado. Dàvide abrió la cristalera y salieron a la terraza. Aunque estaban en un séptimo piso, el ruido del tráfico les llegaba como un rumor continuo y molesto. Se acercaron a la barandilla, desde allí se veía el puerto. Una masa de mástiles de pequeñas embarcaciones se balanceaba sobre el agua tranquila.

—Déjame que te mire —le dijo Dàvide apartándose un paso y apoyando su espalda en la barandilla.

Layla se sorprendió ante aquella demanda nueva de Dàvide. La conocía de sobras, ¿qué quería, quizá ver cómo iba vestida? Jamás se fijaba en lo que llevaba puesto. No lo entendía, la ropa no tenía ninguna función en aquel encuentro, pero Layla, obediente, también se separó un paso para que pudiera verla.

Los ojos azules del hombre no manifestaron satisfacción ni entusiasmo, pero era educado e intentó sonreír.

Enseguida entraron en la única pieza del apartamento. En la pared opuesta a la terraza había una ventana pequeña por la que podía verse una montaña y una construcción antigua que recordaba un castillo.

Los dos se acercaron al sofá que rezumaba blandura desaprovechada. Dàvide conectó el aparato de música. Layla se dejó caer y reposó la cabeza girando el cuello lo justo, para mirar a través de la pequeña ventana.

—¿Sabes?, esta ventana me recuerda mucho a la de mi casa, en mi país. Allí también a esta hora veía ocultarse el sol tras una loma, Benarús, se llama. ¿Tiene nombre esa montaña?

—Montjüich, creo, aunque no estoy muy seguro. Yo tampoco soy de aquí.

Dàvide se levantó y se dirigió a la pequeña cocina oculta tras un biombo. De una nevera enana sacó unos cubitos de hielo que volcó en la cubitera, sonaron alegres como una fiesta.

—¿Quieres algo?

—Una Coca cola. No mejor un güisqui. ¿Qué tomas tú?

—Lo de siempre —contestó Dàvide.

Aun que hubiera debido decir lo que siempre tomaba Michela. Vertió el vodka en un vaso alto y añadió dos hojas de menta y dos cubitos, así la gustaba a Michela, con dos cubitos.

Recordar a Michela le ponía alegre y triste a la vez, pero siempre le excitaba. Su ondulante anatomía se había quedado congelada en su mente. ¿Cuántos años hacía ya? ¿Dónde estaría Michela? ¿Por qué le rechazó de una manera tan tajante cuando él le manifestó sus

sentimientos? «Tengo otros planes» le dijo, y él se quedó tan sorprendido que no fue capaz ni siquiera de preguntar cuáles eran esos planes que tenía. Después de aquel día, se marchó de Milán sin decirle adiós.

Con los vasos es la mano, ambos se quedaron en silencio. Layla sentía aflojarse todos los músculos de su cuerpo. Le había mentido, esa ventana no le recordaba la de su casa, sino la de la habitación de Kiu, donde todas las tardes, cuando regresaban de su trabajo en el hotel, hacían el amor. Un amor inexperto, un goce de compensación por aquella vida dura, por aquel futuro tan negro como su piel, que veían aproximarse cada vez más deprisa.

Una rápida mirada de Dàvide a su reloj de pulsera fue la señal para que Layla se acercara al armario. Sacó una caja roja de zapatos, y de su interior unas sandalias de altísimos tacones. Dos tiras de cristal de Swarovski tenían la pretensión de sujetar un pie femenino. Se las había traído Dàvide de Italia.

Tardó unos segundos en desprender de sus zapatos de cordones. La laxitud que sentía le hizo temer un traspie sobre aquellos tacones exagerados. Bajó la cremallera de su falda tejana y desabotonó la blusa. Aquel acto de libertad de sus pechos convocó de nuevo el recuerdo de Kiu. A Dàvide no le interesaba aquella parte de su cuerpo, él solo quería verla de espaldas, caminando sobre las brillantes sandalias con las nalgas desnudas a prueba de equilibrio.

Expectante, Dàvide miraba a Layla iniciar su paseo. Se detuvo con admiración en la explanada de la cadera, en el estrecho valle que separaba las simétricas nalgas, y tuvo que entrecerrar los ojos porque la presencia de Michela se le hacía tan viva que le hacía temblar.

Las nalgas poderosas de Layla se balanceaban independientes siguiendo el ritmo de tambor que marcaban sus pasos sobre el suelo. La estructura ósea de Michela, su forma de caminar, su peculiar movimiento, se repetían en el cuerpo de Layla. Dàvide siempre agradecía la suerte inmensa de haber encontrado aquella réplica perfecta.

Layla avanzó despacio hacia el espejo del armario que le venía de cara. En cuando apareció su imagen, sintió las manos de Kiu presionando sus pechos, abrazándola desde atrás, calentando su oído con su respiración acelerada, y un tímido latido la humedeció por dentro.

—Layla, vuelve, por favor.

Y ella volvió sobre sus pasos con el deseo de abandonarse sobre un jergón gastado. Anhelaba en su vientre el calor de los besos de Kiu y sus manos urgentes liberándola de las bragas de tela barata que usaba entonces.

Acurrucada entre las piernas de Dàvide, poco a poco, acercó su rostro a la piel fina de su pene. Apenas sus labios abultados se posaron sobre él sin besar ni lamer, solo comunicándole su calor. Dàvide expulsó el semen como un riego automático a la hora prevista.

La música cesó. En los momentos de silencio que siguieron Layla abortó aquel galopar que se había iniciado en su vagina. Su mente hizo desaparecer en un instante toda la humedad.

Ambos dejaron que el polvo del solitario apartamento fuera cayendo sobre ellos, hasta que Dàvide decidió volver a la realidad.

—¿Quedamos para el miércoles catorce? —dijo con entonación de pregunta, aunque Layla sabía que era una orden; a continuación separó unos billetes y los dejó encima de la mesa, como hacía siempre.

Layla revolvió en su bolso hasta encontrar su libreta de tapas amarillas. Sujetó su pequeño lápiz con fuerza para que no le temblara la mano y escribió despacio: «Miércoles catorce, Kiu, a las seis».